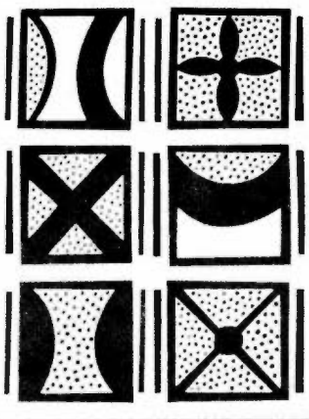
FOLK LITERATURE OF THE GE INDIANS,

por Johannes Wilbert;
Universidad de California-Los Angeles (UCLA), 1979.

-GE, INDIGENAS
-INDIGENAS GE
NETNO

En un grueso volúmen de 653 páginas, el Centro de Publicaciones Latinoamericanas de la Universidad de California-Los Angeles reunió a un grupo selecto de 8 investigadores, para volver a ocuparse de la literatura indígena sudamericana. Algunos textos fueron traducidos del francés, del alemán y del portugués, en sus versiones originales preparados por los antropólogos A. Métraux, H. Schultz, C.E. de Oliveira y otros que ya hemos visto en ediciones anteriores destinadas al análisis de literatura de los indios **baraus, selknamos** y **yamananos,** habitantes naturales del Orinoco en Venezuela y de Tierra del Fuego en Argentina y Chile.

Este ejemplar está dedicado a los indios **gés** que se pueden encontrar en diversas poblaciones del noreste del Brasil, en una amplia extensión territorial equiparable en amplitud a Inglaterra, Francia, Alemania y los Países Bajos, juntos. El análisis preparado por los autores no está referido exclusivamente a materiales literarios sino a la lengua viva que se habla por los indígenas y, en espléndida clasificación analógica, muestra la gama de sentimientos y vivencias de un pueblo primitivo a la luz de las más avanzadas metodologías que la semiótica de hoy nos puede brindar. Un riguroso índice de frases y expresiones linguales características y un diccionario inglés-**géo** complementan este trabajo que puede ser modelo para otros, posiblemente referidos a pueblos indígenas sobrevivientes en nuestro territorio. DRV.



El Fondo de Cultura Económica recientemente reimprimió una importante serie de títulos de su sección de obras de Sociología —**Los Grandes Sociólogos** que incluyen a Wiese, Spencer y Pareto. Los autores Borkenau y Rumney, que ya habían sido editados en español desde 1941, respectivamente, y aunque sus obras se encuadran en la década de los treintas, abordan una temática que apunta un vivo interés entre quienes estudian las características del actual desajuste mundial. El maestro Recaséns Sichés ocupa desde 1940 un sitio de honor en la cultura de nuestro país, sobre todo a partir de la aparición de su traducción de **Kulturgeschichte als Kultursoziologie** de A. Weber "Historia de la Cultura"— publicada también por el Fondo de Cultura Económica en 1941. Aquí presentamos sendas notas sobre cada una de estas importantes obras.

WIESE

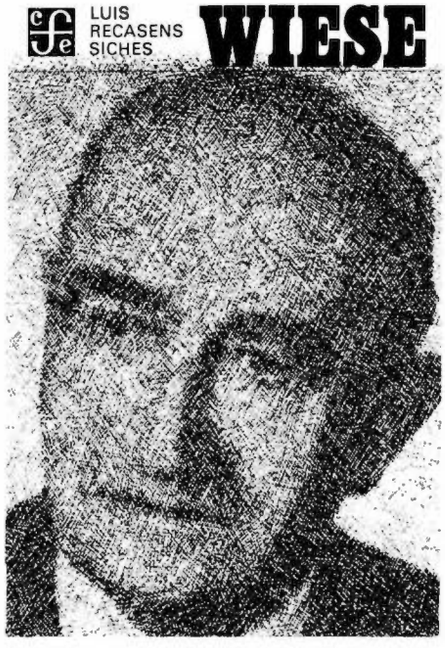
por Luis Recaséns Siches,
Primera reimpresión del F.C.E., 1978.
México.

SMG
-WIESE L, SOCIOL
-SOCIOLOGIA, WIE

"Antes de que en Alemania se derrumbase catastróficamente toda la cultura, en 1933, bajo el alúd de rebarbarización integral que desencadenó el nazismo, la sociología del siglo XX en aquel país había contado con figuras de primer rango, cuyas obras representan aportaciones de primera magnitud para la depuración y para nuevos desarrollos muy fecundos de esta disciplina científica. Recordemos, de pasada, los nombres preclaros de Dilthey, Tonnies, Oppenheimer, Vierkandt, Simmel, Max Weber, Alfred Weber, Max Scheler, Litt, Freyer, Mannheim y Thurnwald. Con las producciones sociológicas de estos pensadores e investigadores, y a

igual altura de primera categoría, se alinea la obra de Leopoldo Wiese, gran ensayo de sistema formalista, que ha suscitado justamente la atención de todos los estudiosos en este campo.

Algunos de los sabios mencionados, como Simmel, Max Scheler, Max Weber, murieron antes de que su patria cayera en ese proceso de total envilecimiento que es el nazismo. Otros destacados sociólogos alemanes —Mannheim,



Salomon, Kantorowicz, Mises y varios más— consiguieron salvarse para sí mismos y para la cultura universal, expatriándose a tiempo, y prosiguen su labor, acogidos a la hospitalidad de los países británicos y de las Américas. Algunos han tenido que publicar sus nuevos libros en el extranjero, como por ejemplo, Alfredo Weber, quien, separado de su cátedra, ha tenido que sacar a la luz la obra cumbre de su vida en Holanda. Otros se dejaron arrastrar desgraciadamente por la ola de desmoralización, se encanallaron prostituyéndose y sustituyeron sus tareas científicas por la función de falsarios en adulación del régimen hitlerista y del mito de la raza germana. Por fin, otros, desde que el nazismo consumó su obra destructora del espíritu, dejaron de publicar, cual ha sucedido con Leopoldo Wiese, cuya última edición de su gran obra, ya en prensa antes de la instauración del hitlerismo, pudo aparecer al poco tiempo, seguramente por feliz inadvertencia de las autoridades. Pues, aunque el Sistema de Sociología general de Wiese no trata ningún tema de política, constituye la crítica más profunda, más aguda y más certera contra toda mística de la colectividad y del estado. En efecto, Wiese ha conseguido deshacer de una vez y para siempre, con su análisis decisivo, todas las corrientes de pensamiento que habían tratado de substancializar lo social y de pintar el estado como una especie de realidad absoluta de carácter divino. Es, por ende, notoria en grado máximo la incompatibilidad de esta realización científica de Wiese con la fantasmagoría barata de la concepción fascista, culminada en el nazismo". LRS, 1942, FCE.

SPENCER

por Judah Rumney
(Traducción de Tomás Muñoz Molina)
Primera reimpresión del Fondo de Cultura Económica, 1978. México.

SMETO

Herbert Spencer filósofo inglés (1820-1903), partió del evolucionismo biológico de Darwin para crear su teoría sobre el evolucionismo social, en donde propone que la evolución no es tan sólo una ley de la vida sino del universo entero. De este modo la sociedad no puede sustraerse a ella. Dos principios rigen su mundo ideacional: **la adaptación al medio** y la **selección natural.** Si bien Spencer constituye una de las figuras más importantes del campo de la Sociología del Siglo XIX, también es cierto que a fines del mismo su teoría fue superada.

La primera reimpresión del libro de Spencer que lleva a cabo el Fondo de Cultura Económica, tiene un valor histórico para los estudiosos de la materia ya que permite confrontar un análisis histórico conceptual de la sociología del siglo pasado con respecto a la

sociología contemporánea. ¿Por qué entonces el Fondo de Cultura Económica publica en forma extemporánea una ideología cuya crítica (Larroyo, F., 1965) a la teoría de la selección natural no es la base para fundar una **democracia social** o un estado de suma armonía como opina Spencer?

¿Acaso resulta aventurado opinar que este tipo de publicaciones extemporáneas detienen o interfieren el proceso social y educativo de nuestra América Latina? ¿Constituye un avance en la sociología la publicación que hace el Fondo de Cultura Económica de una ideología extemporánea?

Sería conveniente que el Fondo de Cultura Económica actualizara sus publicaciones en función del avance en la comunicación científica de las ciencias sociales. Leticia Jiménez, Mayo 16 1979.

PARETO

por Franz Borkenau,
Primera reimpresión del F.C.E., 1978.
(Traducción de Nicolás Dorantes) México.

SMETO

"El autor de este estudio sobre Pareto, Franz Borkenau, forma en el grupo de universitarios alema-

-SPENCER H, SOCIOLOGÍA

-PARETO, SOCIOLOGIA

FRANZ BORKENAU **PARETO**

nes desterrados que tenían ganado un nombre. Al escoger como tema de estudio la figura de Pareto, que el mismo fascismo italiano ha considerado repetidas veces como un "predecesor" suyo, Borkenau ha tratado de llegar, en forma exhaustiva, a las raíces mismas del problema. Pareto, tratadista clásico de la economía liberal, decepcionado totalmente de la posibilidad de que se impusiera su criterio libre cambista por la marcha que llevaba la política italiana en los tiempos de Depretis, encuentra su compensación intelectual en un análisis nihilista de la sociedad, que se expresa típicamente en su teoría de los "residuos" irracionales y de las "derivaciones" verbales y en sus descripciones de la "circulación de las élites". Este irracionalismo nihilista será, en el fondo, el pensamiento positivo que animará al fascismo en su empuje voluntarista y antidemocrático. Pero más allá de la ideología. Borkenau tratará también de descubrir la base del fenómeno totalitario en la marcha incontenible de la economía hacia una intervención cada vez mayor del Estado. Y así, la contradicción inherente al pensamiento de Pareto con su exaltación del liberalismo económico y su temor al burocratismo bizantino, por un lado, y su panegírico de la represión, por otro, será salvada por el fascismo al prescindir rápidamente de sus primeros intentos económicos liberales. En consecuencia, el pensamiento sociológico de Pareto, más que su valor intrínseco presenta el actualísimo de ser un signo equívoco, sin conciencia de su condición de tal, de los tiempos que ya comenzaban cuando él moría". De la primera edición en español, 1941, FCE.

EDITORIAL *Viene de la pág.* 5

perfeccionameinto a través de prolongados y costosos cursos de complementación profesional.

También el profesional experimentado encuentra un rico venero de perfeccionamiento y actualización en la enseñanza continua que brindan las publicaciones periódicas especializadas. El libro no será sustituido jamás, pero la revista académica es la avanzada del desarrollo.

En el próximo Congreso Nacional de Periodismo Científico (Oct. 8 al 11 de 1979) se debatirán los problemas de un sector pujante de la vida intelectual en nuestro país, guiado magistralmente por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

LA TRANSFERENCIA TECNOLOGICA Y EL.. *Viene de la pág.* 37

En la reunión predominó la convicción de que ya en la próxima reunión de Argel se pondría de manifiesto su justificación y la necesidad de que los países no alineados y los demás países en desarrollo mantengan esta colaboración, y que marcará los pasos concretos que habrá que seguir dando para su realización.

Al éxito de esta reunión contribuyó indudablemente la atmósfera democrática y constructiva que caracteriza la actuación de los países no alineados.

FOTOGRAFIAS DE ESTE NUMERO

FORROS	**AMCS.**
Pág. 6:	**Colegio Nacional de Economistas.**
Pág. 15:	**AMCS.**
Pág. 30/31:	**Comisión Federal de Electricidad.**
Pág. 42/44:	**A. Balcorta y otros.**
Pág. 45:	**Vilar Hnos. y Mejía**
Pág. 45/47:	**AMCS.**
Pág. 48 y 51:	**Secretaría de Comercio.**
Pág. 52/55:	**AMCS.**

EL PERRO

Por Carloswild *

Después de haber rodado como estudiantes por más de media docena de casas de huéspedes, habíamos logrado dos compañeros y yo rentar un cuarto a unos cuantos pasos de la Escuela. En la casa no había otros inquilinos, ni más muebles que los nuestros, es decir las camas y unos cuantos cachivaches. Además de nosotros en la planta baja de la vieja casona vivía el dueño, un viudo, viejo, solo, desconfiado y egoísta, que recordaba un típico misántropo de novela rusa, que si nos toleraba era porque nunca tropezaba con nosotros, pues conociendo sus movimientos dentro de la casa, siempre lo evitábamos precisamente para que no nos echara. Sin embargo, algo de alguno de los tres debía haberle agradado o revivido experiencias suyas ya perdidas en su memoria muy entorpecida por la falta de uso, más con la convivencia —si así puede llamársele a un escurridizo saludo que de vez en cuando intercambiábamos— poco a poco redujo su hostilidad.

Salíamos temprano, muy temprano y volvíamos noche. Al poco tiempo de vivir en el rumbo, al salir de casa me esperaba un perro vecino, que había visto en mí la persona ideal para practicar su obra buena de cada día, pues viéndome flacucho, ensimismado, poco dado a sonreír, se me pegaga para recorrer rumbo a la escuela la misma distancia, invariablemente con la misma trayectoria, con paso monótono y cansino; se me pegaba repito, quizá pensando:

—A éste le faltan cariños de perro, o alguien que lo siga para que recobre el sentido de su propia importancia.

Al caminar juntos, pasábamos por delante de la casa de sus dueños para donde ni siquiera volteaba, después por la vecindad, allí un apeñuscamiento de chamacos nos hacía desviarnos, no tanto por la obstrucción un tanto deliberada que presentaban, como por lo que nos gritaban con el ánimo de entablar un duelo de albures, o forzarnos a que algo contestáramos, yo, como era de esperarse, con palabrotas de alto calibre, y el perro con algún ladrido o gruñido; pero para su disgusto esto nunca aconteció.

Continuábamos pasando por la miscelánea, la tortillería y la carbonería y por un conjunto de casas uniformes, sin mayor atractivo ni más referencia que el número ostentado en la fachada y a veces ni eso. Así, rápidamente se acababa el recorrido, yo trasponía la puerta para pasar al gran patio de la escuela, y él sin más se regresaba; no había mayor intercambio de atenciones, ni una galleta, ni una caricia, ni una palabra. Así eran nuestras relaciones; yo encastillado mentalmente, pues las tareas de cada asignatura me abrumaban, y él como el siquiatra, esperando establecer la comunicación entre una personalidad enterrada y un yo canino deseoso de ayudar.

Como mi horario de salida era muy variable, entonces no volvíamos a vernos sino hasta la mañana siguiente; durante el resto del día, otras actividades lo atraían; incorporábase a la perruna colectividad en su diaria lucha por sobrevivir, añadiéndole así al vecindario una diversidad más de constituyentes, sin dejar de ser un riesgo para que se preocupara a la par que un ingenuo entretenimiento para que se dejara de preocupar, hasta que en alguna ocasión un cristiano salía mordido, había escándalo, todo mundo opinaba unos a palabras y otros a ladridos, y otra vez a ocupar cada bando sus posiciones de gentes y perros.

Así pasaron los meses; años antes, en mi pueblo tuve mi perro *el Negro,* más o menos *foxterrier* y negro como su nombre, al que nunca ni con esfuerzo y constancia pude enseñarle truco alguno. Pero era muy mío y al pasear por las calles de mi colonia, no dejaba de llenarme de orgullo cuando los niños decían:

—¡Qué bonito perro!

Pero no faltaba madre que añadiera.

—Bonito, pero corriente.

A lo que al instante yo replicaba,

—Corriente pero tonto.

—Si es corriente y tonto para qué lo quiere.

—Por el bonito color café que tiene.

Pero al comprobar que era negro, jalaba a su vástago y toda confundida, decía:

—Este está loco.

El lance me divertía, pues la confusión ajena siempre resulta cómica.

El tiempo había transcurrido y *el Manchado* seguía escoltándome —dos monjes cartujos habrían cambiado más expresiones en todos estos meses— hasta que un día, a la salida de la escuela me esperaban varios chiquillos de la vecindad que me dijeron:

—El perro.

Conociendo que se pasaban la vida embromando a medio mun-

---

* El autor, "aficionado a escribir" se autocalifica, es egresado de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del I.P.N. Ha escrito una serie de cuentos para los alumnos de los CECyTS y primeros años de escuelas profesionales, en un intento de promover las emociones comunes entre los miembros de esta generación —hoy estudiantes— y los que en años anteriores pasamos por esas mismas aulas y que ahora somos sus maestros. Estos son los primeros de una serie de diez cuentos inéditos que forman parte de la obra *Cuéntame... cuéntame cuentos...*

do, seguí mis pasos sin hacer caso, hasta que uno de ellos con cierta solicitud, me toma de la mano y camina rumbo a mi casa; allí echado, en el marco de la puerta y pegado a la pared estaba *Manchado*. Le había pasado por encima un camión, como a una cuadra de donde vivíamos, la misma que había recorrido con el poco, poquísimo aliento de vida que le quedaba, arrastrando las vísceras estalladas por la brutal compresión.

Allí estaba con el hocico abierto, blancos los dientes y verdes las moscas que le revoloteaban, con las manos hacia adelante y las patas torcidas como si caminaran en sentido contrario. Sólo las manchas tenía en su lugar.

Manchas que eran la firma de todas las especies que habían intervenido en su estirpe; si cada una se hubiera dejado sentir con lo mejor que tenía, *Manchado* hubiera sido un perro extraordinario, pero sólo habían dejado en su cuero un mechón de pelo de distinto color como señal de su paso por su existencia, exhibiéndolo como muestrario de tintorería y calificándolo como perro del montón.

Allí estaba tirado, con más manchas, ahora de sangre, malolientes y abandonado hasta por las pulgas que hacía rato habían brincado buscando mejores carnes.

Pasó por su casa con un adarme de vida, quizá apenas un soplo le alentaba... y yéndose por instantes, aún se esforzó por alcanzar a despedirse del estudiante flacucho y ensimismado.

Rompióse la sociedad con mis compañeros de vivienda y me mudé a otro barrio.

Tiempo después, en más de una ocasión tuve que caminar por la misma calle, reconociendo a mis antiguos vecinos, las mismas casas viejas, el mismo ir y venir acompañado de gritos y ademanes, pero al pasar frente a la vieja casona, involuntariamente babaja la vista al marco de la puerta, y pegado a la pared miraba a *Manchado*:

—Bien muerto.

Y pensando lentamente para mí, dejando caer las palabras una a una me decía:

—Perro imbécil... si nunca nada te di...

—Pero qué caro me lo has cobrado... sigues amarrado a mi memoria...

LA CARTA

Vivía con nosotros un muchacho nativo de las Huastecas, de nombre Elpidio Lara Briones, quien por firmar E. Lara B., le apodábamos *el Arabe*, cosa que le disgustaba, pues las pocas personas de este origen que vivían en su pueblo, no eran muy recomendables, mercanchifles, malas pagas y muy dados al juego. Además, antes de venirse a estudiar, había pretendido con mucha insistencia a una de las jovencitas árabes, la que lo dejó ilusionado, alborotado y defraudado; situaciones anímicas que transcurrieron entre las primeras dejadas de mano entre ellos, en el negocio de jarciería de sus padres, donde obligadamente la veía, y la dejada de mano entre las costillas que le dio un hermano de ella. Apenas corría el chisme y, empezaba sabrosamente a saborearse, cuando se hacía del conocimiento de los *harbanos* y demás conocidos que Aura estaba dada en matrimonio.

Por tanto el apodo que no lo hería por señalarlo como un paisano, lo hería más por no haberlo podido ser.

Pero si no había novia que reclamara propiedad sobre su persona, en cambio existían tres seres queridos que ejercían sobre él un sentimiento de cariñosa propiedad que hasta nosotros disfrutábamos: su padre, viejo servidor del Ayuntamiento en calidad de secretario casi perpetuo, cuya honestidad era la garantía en muchas de las operaciones comerciales que se efectuaban en el pueblo; su madre cuyo cariño sentía ampliamente manifiesto por su correspondencia, y su hermanita de diez años, portavoz de lo que sus padres no podían decir por modestia: según ella, su hermano era una maravilla.

El Arabe era de regular estatura, de complexión fuerte, sin parecer pesista, más bien le gustaban la gimnasia con aparatos y el remo. No era un aficionado a la lectura, poco dado a hablar, más dado a escuchar la conversación que a intervenir en la misma, sin embargo, aprobaba con sonrisa o carcajada las truculentas historias que nos endilgábamos casi siempre con el ánimo de tomarle el pelo a alguno de los participantes.

Todos estábamos en los primeros años de distintas carreras profesionales, de manera que no sabíamos con certeza que hacía cada quien durante el día, aunque por los comentarios, los libros y las *macheteadas* era evidente la dedicación de aquel grupo reunido por el azar que se mantenía junto por los mismos apremios económicos, el mismo desarraigo y la misma nostalgia por los respectivos terruños.

Elpidio si hablaba, era de deportes, y si en el área de la escuela lo encontrábamos, era en las canchas como espectador o *cascareando*, luciendo ropa deportiva pero nunca practicando bajo la vigilancia de un entrenador o formando parte de algún equipo en ▶

competencia. No se ajustaba a ninguna disciplina deportiva.

Al transcurso del año escolar, veíamos que cuando todos por la noche preparábamos las clases del día siguiente, él desaparecía regresando al cuarto ya entrada la noche; en ese nuestro medio, aislarse significaba incapacidad para alternar, aceptar tácitamente los acuerdos que el grupo tomaba, reconocerse de antemano sin opinión, razón de más para que nadie lo buscara para pedírsela; todos teníamos cierto poder en aquella minúscula comunidad, cada quien en su terreno, pero había que pelearlo con sutileza y habilidad, las reclamaciones duras no cabían y menos aún los golpes.

El Arabe empezó a perderse por una o más noches, simplemente no llegaba a dormir; no había explicación ni dada ni pedida; quizá, pensamos en un principio, estudiara hasta tarde con otros compañeros y que por lo avanzado de la hora lo invitaran a quedarse.

Posteriormente, compañeros noctámbulos se acostumbraron a verlo deambulando por las calles sin rumbo fijo, sin propósito, caminando cuadras y más cuadras, sin pena, ni depresión anímica, ni preocupación legítima, él mismo subconsciente no se animaba a emborracharse, ni drogarse, ni dejarse llevar por amoríos esquineros, ni menos aún por juegos de azar de los cuales no entendía ni jota.

..*El Arabe,* ya llevaba tiempo en esa absurda vagancia, convencido de que no hacía mal, embotaba su pensamiento y sentimientos, camina que camina en una ciudad que si engulle e incorpora al anonimato más degradante a sujetos calificados, más aún a quien se deja llevar por la apatía, la indecisión y la frustración, que es la creadora de los más absurdos justificantes. Elpidio olía a ocio, no hacía perder el tiempo a los demás, pero sí lo hacía adquirir cierto aire de cinismo ante nosotros. El cinismo y la ironía son comunes en la gente inteligente mal ubicada. Pero practicar el cinismo en un ambiente en que todos lo éramos, aunque por distintas causas, no le valía de mucho, y la ironía definitivamente no había con quien practicarla.

Un día como tantos, llegó carta para este estudiante descarriado; escrita la dirección con letra clara, redonda, casi dibujada en sobre sin remitente, pero fácilmente reconocíase que era de su madre.

Como Elpidio no llegó en dos noches, la tarde siguiente decidimos abrirla únicamente para enterarnos si contenía noticia alarmante que nos obligara a buscarlo.

La carta, la formaban varios pliegos, escrita con letra menuda, no invitaba a ser leída para no parecer intruso en la intimidad de madre e hijo, pero la molesta situación nos forzó a abrirla y a un compañero darle una rápida ojeada mientras comentaba: la caligrafía cambia, de letra muy grande angulosa a pequeña casi ilegible, con rasgos por momentos firmes, pero luego hay frases enteras con puño tembloroso que demuestran una intensa agitación; la tinta en unos pliegos está corrida por las lágrimas.

Qué intensa emoción vivía esa madre al pensar en su hijo. La imaginábamos sacudida por sollozos entrecortados, las manos crispadas que dejaban sobre el papel más que una escritura, un registro hecho por un manguillo que obedecía los impulsos no controlados de una mujer sacudida por la desesperación, la incertidumbre y la falta de noticias. Se sumaba, esa intuición muy femenina que percibía a través de la distancia, que ya no le hacía falta a su hijo, que éste fallaba al buen deseo de la familia, pues de quien tanto se esperaba, había convertido esos deseos sólo en ilusiones que jamás volverían a tener sentido.

Aquella carta no leída nos dejó serios, abrumados, dispersas las emociones y los sentimientos desparramados como en mosaico, y cuando comenzábamos a recogerlos uno a uno para acomodarlos en el marco ya conocido de nuestros propios pensamientos, llegó Elpidio:

—Tienes carta *Arabe.*

Este caminó despacio y displicente al centro del cuarto, para recogerla del veliz de lámina que nos servía en ocasiones de mesa, y comentó:

—Ya la leyeron.
—Por si era urgente localizarte.
—¿Trae tripas?
—No.

La recoge con una mano y sin leerla, hace con ella lentamente una bola apretada de papel y sin más la tira al rincón del cuarto donde juntábamos la basura.

Seguimos todos la trayectoria de la bolita de papel, la vimos rebotar en el piso y correr hasta perderse.

Hubo un corto silencio, al buscarnos con la mirada, sonreímos como adivinándonos el pensamiento: la carta sin ser para ninguno del grupo, nos había afectado en lo íntimo... y para quien había sido escrita, no le mereció ni sacarla del sobre.

Sólo fue una pelotita blanca que rodando se perdió en la basura.